

ARISTOCRACIA, PATRICIADO, ÉLITE. LAS NOCIONES IDENTITARIAS EN LA ÉLITE SOCIAL PORTEÑA ENTRE 1880 Y 1930

Leandro Losada*

Resumen

Acercarse a las definiciones que de sí misma trazó la élite social porteña del cambio de siglo (a través de algunos de sus intelectuales más destacados, de sus espacios de sociabilidad emblemáticos, de los grandes diarios de la ciudad) permite aprehender que estuvieron signadas por la dinamicidad y el cambio. Asistimos a una concepción de aristocracia abierta al mérito, y que en última instancia se refería esencialmente a un estilo de vida a desenvolver a través de determinados consumos, aficiones y comportamientos, como la que planteara Miguel Cané en su definición del proyecto que como ámbito de sociabilidad debía perseguir el Jockey Club, a otras nociones que buscan delimitar más cerradamente un núcleo social originario, sobre la base de la posesión del tiempo: un capital de importante peso simbólico por su escasez relativa en una sociedad aluvional.

Palabras clave: élite social - Buenos Aires - siglos XIX y XX

Abstract

To approach the definitions that the social elite of Buenos Aires drew up of itself in the change of 19th to 20th century (through some of its more outstanding intellectuals, of its emblematic spaces of sociability, great newspapers of the city) allows to apprehend the dynamism and the change this definitions supported. We attended a conception of aristocracy opened to the merit, and that, in last instance, essentially talked about a life style to develop through certain consumptions, likings and behaviors, like in Miguel Cané's definition of the project that, as scope of sociability, had to persecute the Jockey Club, to other slight knowledge that they look for to delimit an original social nucleus more closed, on the base of the possession of the time: a capital of important symbolic weight by its relative shortage in an aluvional society.

Key words: social elite - Buenos Aires - 19th and 20th centuries

* Instituto de Estudios Histórico-Sociales Prof. Juan Carlos Grosso, UNCPBA. Dirección postal: Pinto 399, 7000, Tandil, Argentina. Correo-e: losadal@inforvia.com.ar

«La aristocracia en la Argentina es una clase que impropriadamente se podría denominar de nacimiento solamente [...] La raza se ha ido formando con el tiempo, por la selección, por la vinculación de elementos que subieron por el esfuerzo propio la escala social a los que trasladaron de la metrópoli su nobleza [...] [...] la aristocracia porteña, compuesta de elementos que figuraron en la independencia, en las guerras civiles subsiguientes y en la administración posterior, y que se enriquecieron por la pujanza de la industria pastoril y agrícola, nunca receló de recibir en su seno los inmigrantes que se iban distinguiendo por el talento o por la felicidad, por la audacia de las concepciones o por la sonrisa de la suerte.»
Manuel de Oliveira Lima, *En la Argentina (Impresiones de 1918-1919)*, Montevideo, Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos, 1920, pp. 60 y 84.

«One cannot speak of an aristocracy, even in the qualified sense in which the word could be used in Peru or Chile, for though a few old colonial families have the Spanish pride of lineage, it is, as a rule, wealth and wealth only that gives station and social eminence [...] Here, as in England and the United States, one sees that though the constitution is democratic, society has some of the characteristics of a plutocracy.»
James Bryce, *South America. Observations and Impressions*, New York, The Macmillan Company, 1912, pp. 341-342.

¿Cómo debería conceptualizarse a la élite social de la ciudad de Buenos Aires del cambio de siglo? Esto es, ¿cómo “nombrarla”, qué categorías serían las más pertinentes para ello?

La respuesta no resulta sencilla por dos razones fundamentales. Por un lado, porque la ciudad de Buenos Aires del período extendido entre 1880 y 1930 es una realidad histórica singularmente dinámica a causa del proceso de modernización: la atraviesa un cambio estructural de la sociedad, entre cuyos motores –junto a la inmigración masiva– se cuenta la movilidad social. Estas transformaciones sociales no sólo provocaron recomposiciones en las esferas decisorias de la sociedad, sino un cambio en su misma estructura: al compás de la modernización, asistimos a la transición de un panorama definido por la preeminencia de una élite multiimplantada, en tanto la integran individuos que actúan u ocupan lugares destacados en distintas dimensiones sociales, a una situación en la que cobra una entidad más definida la existencia de tantas élites como esferas sociales existen, como consecuencia de la diversificación social y de la consolidación de campos sociales autónomos que alienta la modernización. A medida que esta transición se consolida, la élite mayoritariamente conformada por familias de la llamada aristocracia porteña (esto es, familias cuyas raíces patrilineales en la sociedad local eran anteriores al último tercio del siglo XIX) pierde paulatinamente preponderancia (aunque no de forma absoluta) en la conducción de la sociedad hacia las postrimerías del tercer decenio del siglo XX.¹

¹ L. Losada, *Distinción y Legitimidad. Esplendor y ocaso de la élite social en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Tesis de Doctorado, UNCPBA, 2005, cap. I; J. L. de Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba, 1964; G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

Por otra parte, un segundo eje que vuelve necesaria la reflexión sobre la conceptualización de la alta sociedad porteña del cambio de siglo, es la misma heterogeneidad social de ese actor colectivo tradicionalmente definido como aristocracia o clase alta porteña. En efecto (según han demostrado distintos trabajos concentrados en análisis prosopográficos o genealógicos) agrupaba familias porteñas de raíces coloniales; otras de orígenes más tardíos, producto de la unión de exitosos o prósperos inmigrantes arribados a la ciudad entre 1810 y el último cuarto del siglo XIX con mujeres de familias de raíces más tempranas; y familias del interior, también en su gran mayoría de raíces coloniales, establecidas sin embargo en Buenos Aires a lo largo del siglo XIX preponderantemente al compás de los vaivenes políticos, siendo en ese sentido el advenimiento del roquismo el punto culminante y límite.²

Ambos aspectos (la heterogénea composición social de la clase alta porteña, como la propia complejización de las altas esferas sociales de la ciudad al compás de la modernización) se reflejan en los acápites de este trabajo: efectivamente, allí aparece una descripción que da cuenta de la heterogeneidad social de la aristocracia porteña del novecientos, de las distintas capas que han intervenido en su conformación (la integraban –en palabras de M. de Oliveira– los descendientes de protagonistas de la independencia, las guerras civiles y de la “administración posterior” como los de inmigrantes destacados por su talento o por “la sonrisa de la suerte”), como las apreciaciones que puntualizan –restringiendo de forma precisa el apelativo *aristocracia* a quienes podían reclamar el orgullo hispano del linaje por poseer ascendientes coloniales– la creciente invisibilidad de ese círculo social ante un proceso de modernización que apareja que sólo la riqueza es el resorte fundamental en la construcción y detentación de una posición social de preeminencia (así lo desliza James Bryce).

Frente a este escenario definido por cambios sociales estructurales, un punto especialmente interesante radica entonces en analizar las categorías que los propios integrantes de la clase alta porteña utilizaron para definirse a sí mismos en el cambio de siglo: cuáles son éstas, cuáles las connotaciones y sentidos que las recorren, si son también plurales y/o cambiantes, y finalmente, qué aspectos permitirían entender dichas connotaciones y diversidad (o en caso contrario, su ausencia).

Estos interrogantes son los que precisamente estructuran el presente trabajo. Su relevancia radica en que el “nombrarse” es un eje central en la definición del lugar en la sociedad que se cree ocupar o se busca detentar y así, constituye una demarcación frente a los “otros”; en otras palabras, contiene construcciones identitarias y declara en buena medida la propia existencia social.³ Como veremos en estas páginas, la clase alta porteña del cambio de siglo (o más apropiadamente, destacados intelectuales que pertenecían a ella, sus espacios de sociabilidad más emblemáticos, la prensa de la ciudad socialmente cercana a la misma) trazó, efectivamente, definiciones que buscaron presentarla como un actor colectivo.

² D. Herrera Vegas, “Formación de la Sociedad Porteña”, *Boletín del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas*, n° 192, nov-dic. 1995; J. L. de Imaz, *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, 1959; D. Balmori, S. Moss, y M. Wortman, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, México, FCE, 1990, pp. 180-251.

³ Cfr. R. Jenkins, *Social Identity*, London, Routledge, 1996; A. P. Cohen, *The Symbolic Construction of Community*, London, Tavistock Publications, 1985.

En suma, estas operaciones, significativas en sí mismas, lo son aún más por el contexto en que se desenvuelven: una sociedad atravesada por cambios estructurales y por la movilidad social, como la Buenos Aires de este período.

De esta manera, las líneas que siguen abordarán la conceptualización de la aristocracia porteña del novecientos desde una perspectiva definida: concentrándose en la mirada de los propios actores. El propósito, por lo tanto, es indagar, a través de testimonios contemporáneos al fin de siglo, pero también retrospectivos (como las memorias), las nociones –y sus sentidos subyacentes– que los propios protagonistas delinearon respecto de qué era la élite social del fin de siglo: quiénes la componían y qué criterios constituían la condición de pertenencia a la misma, considerando, entonces, la gravitación de las operaciones simbólicas (y puntualmente aquellas referidas al acto de nombrarse) en la construcción y expresión de jerarquías sociales.⁴

Por lo tanto, más que proponer una categoría, analizaremos las definiciones colectivas de la clase alta porteña del cambio de siglo del XIX al XX (es decir, en tanto que grupo social, por encima y más allá de las distintas inscripciones en la economía, la política, y de procedencias sociales que la signaban) trazadas por sus propios integrantes y movilizadas precisamente con el propósito de posicionarse frente a los estructurales cambios que atravesaban a la sociedad de ese entonces.

Dicho análisis, al ofrecernos los lineamientos desde los cuales la propia élite buscó definirse a sí misma (y sobre ello, al permitimos vislumbrar los condicionantes que le impuso el contexto histórico en el que se inscribía), no sólo abre una vía sugestiva para reubicarla en su escenario de desenvolvimiento, sino que aporta consideraciones necesarias e iluminadoras para reflexionar sobre las categorías que, como historiadores, deberíamos tener en cuenta al momento de abordar la conceptualización de dicho actor social.

1. Las nociones identitarias colectivas: aristocracia y patriciado

En la élite porteña del cambio de siglo es posible identificar, en efecto, al menos dos grandes nociones de identificación colectiva: aristocracia y patriciado. Los matices entre ambas categorías no son sólo semánticos; efectivamente, cada una de ellas plantea dos maneras singulares de definir una posición social de preeminencia, sostenida sobre distintos ejes, matices que responden a los desafíos que planteaba para trazar una definición colectiva tanto una clase alta socialmente heterogénea, como una sociedad atravesada por cambios estructurales.

Miguel Cané es probablemente quien más recorrió en sus escritos la noción de aristocracia: cuáles debían ser sus rasgos definitorios; cuál el sentido preciso que en una sociedad como la porteña debía tener semejante construcción identitaria; a través de qué ámbitos se forjaría.

Como lo desarrollara en su libro de viajes de comienzos de los años ochenta, “aristocracia” era “sinónimo de suprema distinción, de belleza y de cultura”. Para ello era necesaria “preparación intelectual”, la “dificilísima educación del hombre de mundo de nuestro tiempo”.⁵ Esto es, la aristocracia porteña sería el resultado de una educación

⁴ P. Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.

⁵ M. Cané, *En viaje (1881-1882)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, 1928, pp. 71 y 306-311.

civilizatoria (un cambio de sensibilidad, apelando a la definición de N. Elias), en la cual la construcción del gusto conformaría el eje central que ratificaría la distinción.⁶ En este sentido, una dimensión central a través de la cual se fraguaría esta aristocracia era para Cané la sociabilidad. Más precisamente el Jockey Club, en cuya delineación institucional intervino activamente (junto a Carlos Pellegrini) cuando se consolidó como el primer club de la ciudad con la inauguración de su palacio de la calle Florida en 1897: en efecto, el Jockey sería, en palabras de Cané, el ámbito que ofrecería la “alta cultura” que definiría las cualidades aristocráticas.⁷

La condición aristocrática, entonces, se construye y se expresa por atributos privados, por un conjunto de sensibilidades, aficiones y conductas, por un estilo de vida. Un registro efectivamente extendido entre las burguesías de occidente de la *belle époque*, aún más significativamente, en regiones atravesadas por procesos de cambio social similares a los de Buenos Aires, como la costa este norteamericana.⁸

No obstante, a su vez se recorta otro punto igualmente significativo en las apreciaciones de Cané: al pensar el perfil del grupo humano que conformaría la “aristocracia” que reuniría el Jockey Club (es decir, la modalidad que seguiría su reclutamiento de socios), no se hace referencia a un núcleo cerrado de familias originarias. Más aún, en su composición el abolengo es explícitamente rechazado como eje fundante: “El Jockey Club de Buenos Aires no será, ni podrá ser jamás, una imitación de sus homónimos de París o Viena, un círculo cerrado, estrecho, una camarilla de casta, en la que el azar del nacimiento y a veces la fortuna, reemplazan toda condición humana. Será un club aristocrático, si entendemos por aristocracia lo único que puede entenderse en nuestros días, esto es, una selección social, vasta y abierta, que comprende y debe comprender a todos los hombres cultos y honorables”.⁹

Es aquí donde resulta sugestivo incorporar la segunda noción a que hiciéramos referencia, la de patriciado. En efecto, a diferencia de la concepción de aristocracia recién señalada, la idea de patriciado incorpora explícitamente como criterio distintivo la posesión de “tiempo acumulado”,¹⁰ y recorta un grupo social originario (aquél que construyó la patria).

De esta manera, es plausible ver en esta categoría identitaria una respuesta a las transformaciones sociales del cambio de siglo, en tanto que la posesión del pasado cons-

⁶ N. Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, FCE, 1993; P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

⁷ Cit. en R. Müller, *El Jockey Club de la calle Florida*, Buenos Aires, Jockey Club, 1997, p. 18.

⁸ Cfr. F. Cople Jaher, “Style and Status: High Society in Late Nineteenth Century New York”, in Id. (ed), *The Rich, the Wellborn and the Powerful: Elites and Upper Class in History*, Chicago, Illinois University Press, 1973; J. E. Crowley, “The Sensibility of Comfort”, *American Historical Review*, vol. 104, n° 3, junio 1999.

⁹ *La Prensa*, 5/11/1897. Sin dudas, la noción de una aristocracia del espíritu o intelectual, junto con la necesidad de una pedagogía cultural en el seno de la alta sociedad porteña, se encuentra extendida entre distintos intelectuales del período (Lucio López, Paul Groussac, Juan A. García, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía o Manuel Gálvez – sobre quien volveremos más abajo–, por mencionar sólo algunos). Sin embargo, es probablemente en Cané en quien se aprecia de forma más explícita la conjugación de esa noción de aristocracia con la definición precisa de las instancias de socialización que favorecerían su conformación y la reflexión sobre el perfil que debería tener como categoría más definidamente sociológica (como rótulo de un sector social).

¹⁰ Bourdieu, *La distinción*, pp. 69-70.

tituía un gravitante capital simbólico de diferenciación social por su excepcionalidad en una sociedad aluvional.

Y, en efecto, poseer pasado es un rasgo subrayado en los perfiles que se trazan de personajes de la alta sociedad porteña entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, y la condición patricia, es decir, pertenecer al núcleo fundante de la patria (por vía familiar o más propiamente personal), aquella que nombra esa posesión. Como Carlos Ibarguren escribiera sobre Vicente F. López: “el niño escuchó en su casa los ecos, ora triunfales, ora tormentosos, de nuestra epopeya; conoció en la sala de su padre a los guerreros y a los políticos que la posteridad ha consagrado como héroes y próceres de la República, y presenció sus reuniones en la tertulia familiar, oyendo el comentario de los protagonistas sobre hechos trascendentales”.¹¹

La condición patricia, ser protagonista directo de la construcción de la nación, y por ello, poseer el pasado como rasgo personal, son semblanzas que también se reiteran asiduamente en las semblanzas públicas de personajes de la élite, como las que ofrecen los obituarios de la prensa del cambio de siglo. Por ejemplo, el trazado por *La Nación* sobre Juan Gelly y Obes: “es casi la historia completa de la patria la que estaba unida a la existencia del ilustre nonagenario [...] un patrio ilustre que trae hasta nosotros como un testimonio viviente el recuerdo de aquellas épocas ya lejanas, en que se asentaron sobre cimientos incommovibles las bases definitivas de la nacionalidad argentina [...] su biografía es un amplio jirón de la historia patria”.¹² Los ejemplos podrían multiplicarse: “le tocó actuar en un tiempo en el que el país comenzaba a hacerse realidad”; “un ejemplar distinguido del caballero argentino tradicional [...] genuino representante del patriado argentino”; “tradición viviente [...] perteneciente a esa categoría de hombres múltiples que formaron y consolidaron nuestra nacionalidad”.¹³

Como se aprecia en estos pasajes, la noción de patriado no sostiene la preeminencia social en aristas privadas (en un estilo de vida), sino en la actuación pública de sus integrantes (la construcción de la patria). Estos énfasis se encuentran también en la correspondencia privada, lo cual muestra su efectiva presencia como categoría identitaria entre los actores sociales. Así se ve claramente en una carta de Flora Uriburu a su hermano José Félix: “en el diccionario Larousse sexta edición de 1920 están escritos los nombres de Arenales como gran general, el de su hijo José, como militar i geógrafo, el de José Uriburu como presidente, i después vendrá el tuyo con toda seguridad”.¹⁴

Las nociones de aristocracia y patriado, por lo tanto, reflejan una búsqueda similar, recortar y definir una posición social de preeminencia en la Buenos Aires del cambio de siglo, pero a través de caminos distintos: en la noción de aristocracia analizada, el capital que consagra la distinción social es de naturaleza cultural, y desde allí, la diferenciación radica en una dimensión privada (en un estilo de vida). Asimismo, la aristocracia, en buena medida, es un proyecto a construir a través de una pedagogía centralmente estética y cultu-

¹¹ C. Ibarguren, *De nuestra tierra*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa de Editorial Limitada, 1917, p. 118. Una forma de presentación que extendería para sí mismo en sus memorias, sobre las que volveremos más abajo.

¹² *La Nación* (de aquí en más LN), 19/9/1904.

¹³ Respectivamente LN, 28/11/1922 (sobre Eudoro Balsa); 18/2/1909 (Manuel Guerrico); 25/5/1921 (Mariano Demaría) (énfasis míos).

¹⁴ Flora Uriburu a José F. Uriburu, 4/3/1923, Archivo General de la Nación (AGN), S. VII, Fondo J. F. Uriburu, Leg. 2597, doc. 109.

ral. En la idea de patriciado, en cambio, el capital que consagra la diferenciación social es más propiamente simbólico, el pasado, el tiempo, por lo cual aquél es también un grupo social que no cobrará entidad en un futuro, sino que ya es cabalmente existente. Su preeminencia, a su vez, como lo expone la misma noción de patriciado, descansa esencialmente en su actuación pública, no en el refinamiento de un estilo de vida.

De por sí, esta pluralidad de definiciones sugiere cómo la aceleración de las transformaciones sociales provocadas por la modernización disparó identificaciones plurales entre los representantes de los círculos tradicionales de la ciudad como consecuencia de que la modernización, por su propia dinámica, implicaba una inexorable erosión de capitales sociales exclusivos. La apelación al pasado y relacionada con ella, al abolengo, como raíz última de la distinción social (sobre la que enseguida volveremos) aparece en este sentido cómo la única apelación posible de diferenciación, estrictamente simbólica, en una sociedad que atraviesa una fenomenal reformulación de jerarquías.

Sin embargo, a ambas nociones también las une un punto común: construir una noción de identificación colectiva de la alta sociedad que no la contraponga, sino por el contrario, que la corresponda, con la naturaleza de la sociedad en la que se inscribe (republicana, móvil e igualitaria). Esto se percibe en la noción de aristocracia republicana de Cané, esto es, en sus reiteradas precisiones respecto de que semejante definición sólo es plausible en referencia a una "concepción de vida". Como escribiera en *De cepa criolla* (de 1884): "sólo acepto aristocracias sociales. en las instituciones, en los atrios, en la prensa, ante la ley, la igualdad más absoluta es de derecho [...] entre nosotros existe [la aristocracia] y es bueno que exista. No la constituye por cierto la herencia, sino la concepción de vida".¹⁵

La búsqueda de construir una diferencia legítima se aprecia también en la idea de patriciado, en su propia connotación: deben tener preeminencia social aquellos que, después de todo, hicieron la patria, no un núcleo social originario recortado cuestiones de linaje y de sangre. Como lo formulara Lugones en sus conferencias de 1913, el "magnífico patriciado" que había preparado la democracia contra su propio interés se había forjado como "casta digna de mando" en el plano de la igualdad y la libertad.¹⁶ Carlos Ibarguren dejó pasajes de tonos similares, procurando diferenciar incluso la noción de patriciado de la de aristocracia: "no lo denominaré aristocracia en el sentido político y privilegiado inadmisibles hoy, ni tampoco plutocracia que tiene grosera significación, sino patriciado en el concepto del núcleo de selección en que perdura el alma y el tipo genuino y generador".¹⁷

¹⁵ M. Cané, "De cepa criolla" (1884), en *Prosa ligera*, Buenos Aires, A. Moen Ed., 1903, pp. 130-131.

¹⁶ L. Lugones, *El payador* (1916), Buenos Aires, Huemul, 1972, pp. 72 y ss.

¹⁷ C. Ibarguren, *En la penumbra de la historia argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1932, p. 190. Indudablemente, la búsqueda de construir legitimidad a la noción identitaria de excepcionalidad social no excluye que esta última alentara acciones, por ejemplo en el campo político, ilegítimas. La síntesis de una diferencia legítima se probó, en efecto, errática. Como es sabido, la identificación o la apelación a la condición de patricio estuvo presente detrás de intervenciones como el golpe de estado de 1930, sea como un "deber ser" (el "patricio" que, por la conducta que imponen sus ascendientes, interviene para "salvar a la patria"); o en un sentido de "propiedad" de la patria por haberla construido, que habilita prerrogativas ante un potencial desplazamiento político. Ambas connotaciones aparecen en efecto en distintos testimonios referidos al yrigoyenismo y a las jornadas del seis de septiembre de 1930. Cfr. por ejemplo, J. Costa, *Hojas de mi diario. Daguerrotipos*, Buenos Aires, Corbaut & Cía., 1929, pp. 325-325; J. Roca (h), "Discurso con motivo del 50º aniversario del Círculo de Armas", en Círculo de Armas, *En el centenario*

El propósito de delinear una noción de identificación colectiva que aunara diferenciación y legitimidad se aprecia, a su vez, en que tanto la concepción de aristocracia como la de patriciado incluyen de manera singular la apelación al abolengo como piedra de toque de la distinción social: ambas nociones subrayan que no son privilegios de sangre o de origen los que definen a la aristocracia o al patriciado. La aristocracia que reuniría el Jockey Club, como vimos, debería ser diferente a las de París o Viena ya que no podría reclutarse a partir de la cuna o el origen, sino por la meritocracia. En tanto, la condición patricia, si apelaba al pasado, descansaba, más que en el origen familiar o el nacimiento en sentido estricto, en la acción familiar o incluso personal. Aún más, nuevamente Carlos Iburguren (quien en sus memorias recurre constantemente al concepto de patriciado para retratar a su mundo social), trazó una definición con una connotación similar a la que Miguel Cané desarrollara al plantear su proyecto de Jockey Club: el “magnífico patriciado [...] no significaba clase cerrada, sino grupo selecto por *su saber, su talento y su honorabilidad*”.¹⁸

Una serie de preguntas se recortan entonces como relevantes: ¿qué lugar ocupaba la apelación al abolengo como criterio identitario considerando que por su escasez relativa constituiría un relevante capital simbólico de diferenciación? ¿Por qué las nociones colectivas movilizadas durante nuestro período otorgan un sentido relativo al origen familiar en una sociedad atravesada por cambios estructurales, sea por no darle una importancia crucial –como se observa en la formulación de Cané–; o por revestirla de matices precisos, en las que la movilización de la ascendencia familiar subraya más la trayectoria y las acciones a través de generaciones que el propio origen familiar?

2. El abolengo como criterio identitario: entre la genealogía y la meritocracia

Como es conocido, la apelación a la posesión o carencia de abolengo como forma de diferenciación fueron comunes y frecuentes en el cambio de siglo. Lo expresa de manera paradigmática el extendido tópico peyorativo de “advenedizo” dirigido a quienes experimentaban la movilidad social ascendente en la ciudad de ese entonces. Como lo expusiera de forma probablemente emblemática José María Ramos Mejía en páginas recurrentemente citadas: despojados de las fachadas que conferían el sastre o algún diploma pomposo, los guarangos y canallas que habían trepado por la escalera del buen vestir o del dinero, dejaban ver sus almas llenas de atavismos, pues “hay algo que escapa a la acción del tiempo y la instrucción, algo que queda permanentemente en su alma, como persiste el lunar en la piel”; esto es, “su abolengo inmediato”.¹⁹

de su fundación, Buenos Aires, 1985. En este sentido, precisiones como las de Iburguren en **En la penumbra...** pueden leerse como una búsqueda de recubrir de legitimidad a una identidad reñida con un sistema democrático por la misma idea de legitimidad que la subyace –más aún teniendo en cuenta su sugestiva fecha de publicación, 1932. Después de todo, ya contemporáneamente a la reforma electoral de 1912 se había advertido la tensión potencial entre esa identidad social y el régimen democrático. Cfr. R. Wilmart, “Patricios, clientes y plebeyos. Roma antigua y Argentina moderna. Comparaciones y sugerencias”, en **Revista Argentina de Ciencias Políticas**, 1912, pp. 133-135.

¹⁸ Iburguren, **La historia que he vivido**, Buenos Aires, Dictio, 1977, pp. 70-71.

¹⁹ **Las multitudes argentinas (1899)**, Buenos Aires, La Cultura Popular, 1934, pp. 257-260.

En otras palabras, la distinción no estaba al alcance de todos, sino sólo de quienes poseían determinados orígenes sociales. De manera significativa, en espacios especialmente representativos de la alta sociedad, como las comisiones directivas de sus principales clubes sociales (como el Club del Progreso y el Jockey Club), predominaron los individuos que tenían orígenes familiares patrilineales coloniales, el tipo de ascendencia más excepcional dada la continuidad familiar por vía matrilineal que había caracterizado a la ciudad de Buenos Aires desde los tiempos coloniales.²⁰

Sin embargo, no sería adecuado superponer rápidamente la apelación al abolengo como eje de diferenciación social (y personal), con su lugar como criterio excluyente y central en las nociones que buscaron definir a la élite como actor colectivo. Como vimos en el apartado anterior, éstas o no lo incluían explícitamente, o precisaban su sentido a una posesión de pasado que se refería más a las trayectorias que a los orígenes familiares *strictu sensu*.

Un punto a tener en cuenta para entender el por qué de estas matizaciones y precisiones sobre un eje significativo por su excepcionalidad para definir colectivamente a la clase alta porteña del cambio de siglo, es la propia heterogeneidad de orígenes sociales que signaba a esta última. Según señaláramos al comienzo de este trabajo, como han coincidido los estudios de índole prosopográfica y genealógica, la *upper-class* porteña de este período era un conglomerado diverso, compuesto por familias de raíces coloniales y porteñas; por otras fundadas por extranjeros insertos en la ciudad entre 1810 y el último cuarto del siglo XIX; y por familias tradicionales del Interior que se establecen en Buenos Aires a lo largo del siglo XIX.

En este sentido, registros no ya contemporáneos sino retrospectivos (las memorias) ofrecen testimonios sumamente significativos sobre la diversidad de composición social y de profundidades genealógicas que recorrían a la *high society* de la ciudad de Buenos Aires del fin de siglo, y sobre ello, sobre la distinta valoración que sus integrantes (o sus descendientes) otorgan al capital simbólico del tiempo y del origen en la presentación que hacen de sí mismos, en correspondencia con su *background* familiar. Veamos algunos ejemplos.

Tenemos por un lado al ya mencionado Carlos Iburguren, perteneciente a una de las familias del interior del país que adquieren gravitación nacional a partir de la recomposición de las élites políticas que apareja la conformación del PAN y el triunfo del roquismo, y que, desde allí, se vincularán con familias tradicionales porteñas a través de lazos de parentesco.²¹

En sus memorias, en efecto, la genealogía tiene una importancia significativa en su presentación personal (y por extensión, en la de su familia). En efecto, si su rama materna (los Uriburu) es la vía de comunicación privilegiada con los protagonistas preeminentes de las gestas patrias (los Castro, los Güemes, los Arenales, los propios Uriburu), de los Iburguren viene una excepcional antigüedad de residencia (ni siquiera compartida

²⁰ L. Losada, "La élite social de Buenos Aires. Perfiles y trayectorias sociales en una perspectiva comparada: el Jockey Club y el Club del Progreso (1880-1930)", en AAVV, **Familias, negocios y poder en América Latina**, Dirección General de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México (en prensa).

²¹ Cfr. S. Bower, "Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Porteños in Fin-de-Siècle Buenos Aires", in **The Americas**, vol. 59, n° 3, jan. 2003.

por los Uriburu, llegados a fines del siglo XVIII): “mis antepasados los Iburguren vinieron con la corriente conquistadora y colonizadora del Perú y se casaron en América con hijas y nietas de encomenderos. Descendía por consiguiente mi padre, al través de seis generaciones criollas, de conquistadores y primeros pobladores del norte argentino”, remontables así al siglo XVII y entroncándose con “estirpes infanzonas de remota oriundez vizcaína”.²²

El origen colonial (y anterior a la creación del virreinato del Río de la Plata) por vía patrilineal es especialmente destacado, teniendo en cuenta, en efecto, su excepcionalidad en la sociedad porteña, como lo observaran algunos de sus intelectuales más destacados del cambio de siglo: “la familia de abolengo y de grandes pergaminos fue en el interior, tal vez más común que en Buenos Aires”.²³ Significativamente, en sus memorias Iburguren destaca a distintos personajes de origen porteño (ilustrativamente denominados “hidalgos”), cuyo denominador común es también el origen colonial y patrilineal (por ejemplo Quintana; su familia política, los Aguirre; José María Ramos Mejía, Marcelo T. de Alvear).²⁴

Indudablemente, sería excesivo (además de difícilmente comprobable) concluir que las familias del alto mundo social de la ciudad de Buenos Aires que no se ajustaran a estos ejes no fueran consideradas pares (por decirlo de alguna manera) por Iburguren (más aún considerando el tono imperante en sus memorias, signado por la *politesse*, en el afán de construir un retrato armónico del patriciado, como lo ha observado F. Devoto).²⁵ Pero sí es posible ver que su apelación al capital simbólico del origen familiar como criterio identitario, excluye (de manera más o menos implícita, intencionadamente o no) a distintos apellidos de la *upper-class* porteña del cambio de siglo.²⁶ Así, es posible leer que para Iburguren el colectivo se compone en última instancia de quienes se amoldan a las características de su trayectoria familiar, no la totalidad de quienes lo habrían rodeado o frecuentado en distintos espacios de sociabilidad (como el Jockey Club o el Círculo de Armas, por ejemplo).²⁷

²² Iburguren, **La historia**, p. 23.

²³ J. M. Ramos Mejía, **Rosas y su tiempo (1907)**, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1952, T. I, p. 181.

²⁴ Iburguren, **La historia**, pp. 258 y 262; 268-278; 466 y ss. Sin dudas, la gravitación que tiene la valoración de lo hispano y lo colonial en estas memorias podría entenderse como un exponente de las reorientaciones ideológicas que atraviesan a importantes sectores de la alta sociedad desde la primera posguerra, acentuadas después de los años treinta —concretamente, la revalorización del legado hispano-católico—. Aún así, sin desconocer la gravitación de tales aspectos, en estos pasajes —sobre todo en los referidos a su propia procedencia familiar— se destaca la apreciación de esos orígenes —de la prosapia genealógica— como un capital social y simbólico de diferenciación social.

²⁵ F. Devoto, **Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 265-266.

²⁶ Más aún si se considera el tipo de trayectorias biográficas y familiares destacadas por Iburguren: prima el perfil político o intelectual: el “auténtico patriciado argentino [es el] descendiente de guerreros y próceres que forjaron nuestra nacionalidad”. Id, **La historia**, p. 466.

²⁷ Y, yendo más allá, es el universo de los contactos familiares, sociales y personales. Esto no sólo se reflejaría en sus evocaciones salteñas, sino en sus referencias a los “patricios” porteños: su padre, una vez recibido en leyes, se había incorporado al estudio de Vicente F. López (de quien, como vimos páginas arriba, trazó un exultante retrato en **De nuestra tierra**); él mismo había sido empleado en la secretaria privada del Departamento Nacional de Higiene cuando José María Ramos Mejía estaba al frente del mismo (a quien luego sucedió en la Academia de Filosofía y Letras); finalmente, fue durante la presidencia de Roque Sáenz Peña (también objeto de una distinguida semblanza en **De nuestra tierra**) que ejerció el ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Un contraste interesante en la valoración de la genealogía aparece en las memorias de Ramón Cárcano, un apellido precisamente carente por vía patrilínea de los capitales que subraya Ibarguren. También proveniente de una familia del interior que llega a los primeros planos de la política nacional con el régimen del ochenta, la procedencia social de Cárcano era claramente diferente a la de Ibarguren: era hijo de un músico italiano llegado a Córdoba a mediados del siglo XIX, vinculado a través de su matrimonio a una tradicional familia local de inclinaciones rosistas. De resultas de ello, la genealogía tiene en las memorias de Cárcano una particular apreciación.

La importancia atribuida al capital simbólico que la ascendencia podía favorecer está en efecto presente, si bien revestida de la única manera en que Cárcano podía apelar a ella: reproduce el extenso y prestigioso linaje paterno en Italia, oriundo de Como y remontable al siglo X. Necesariamente, sin embargo, la raigambre en la sociedad local lleva a recurrir a la rama matrilineal. Aún así, posible reconocimiento de una carencia, más significativo resulta la apreciación que explícitamente le otorga a estos capitales simbólicos: “siempre es agradable conocer los antecesores, pero es mejor no necesitar de antecesores y llevar en uno mismo todo el valor humano”. Esta matización de la importancia de la prosapia genealógica en términos comparativos con Ibarguren se refleja después de todo en la cantidad de páginas dedicadas por uno y otro a esos antecesores.²⁸

Estos testimonios retrospectivos muestran en efecto la heterogeneidad social de la clase alta del cambio de siglo, lo cual puede explicar la ausencia de definiciones colectivas centradas exclusivamente en criterios genealógicos. Indudablemente, el fuerte emparentamiento entre estas familias posibilitó la apelación a la antigüedad familiar por vía matrilineal (como se lee en las memorias de Cárcano). Recurriendo a términos de Pierre Bourdieu, la heterogeneidad de habitus que signaban a la *high society* encontró un significativo grado de homologación a través de la sociabilidad y las relaciones de parentesco.²⁹

Sin embargo, estas homologaciones tampoco supusieron que para observadores contemporáneos no fueran visibles las carencias genealógicas que tenía la clase alta porteña como actor colectivo. En efecto, supo precisarse que “son ínfima porción numérica los que pudieran hoy llamarse descendientes puros de españoles coloniales”. Más aún, “no se había encontrado aún el medio de dar a la improvisada oligarquía el ascendente de la antigua nobleza”; sus integrantes estaban “faltos del prestigio que pudieran proporcionarles una genealogía histórica”.³⁰

De manera aún más significativa, este tipo de apreciaciones también brotaron de la pluma de propios integrantes de la élite porteña, como los ilustrativos pasajes de Eugenio Cambaceres en *En la sangre*: “gauchos brutos, baguales, criados con la pata en el suelo, bastardos de india con olor a potro y a gallego con olor a mugre, aventureros, advenedizos [...] y blasonaban de grandes después, la echaban de hidalgos [...] Aristocracia... ¡qué trazas, qué figuras esas para aristocracia [...]!”³¹

²⁸ R. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, pp. 22-23.

²⁹ P. Bourdieu, *The Logic of Practice*, Cambridge, Polity Press, 1990, pp. 59-60. Sobre los vínculos a partir del parentesco, remito a los títulos citados en la nota 2.

³⁰ R. Wilmart, “Patricios, clientes y plebeyos”; E. Becher “La oligarquía universitaria” (1906), en AAVV, *Textos y protagonistas de la bohemia porteña*, Buenos Aires, CEAL, 1980.

³¹ E. Cambaceres, *En la sangre* (1887), en *Obras completas*, Santa Fé, Castellví, 1968, pp. 437-438. Apuntes similares en R. Payró, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreyra* (1910), Buenos Aires,

De manera significativa, hacia el cambio de siglo es posible entrever la construcción de una tradición para la élite social porteña (paralelamente a la construcción de una tradición nacional), que efectivamente desnuda las insuficiencias que tenía en este sentido, como también la potencialidad del pasado como eje de diferenciación social en una sociedad aluvional. Ciertamente, es sugestivo ver ciertos paralelismos con lo que L. Stone describiera para la aristocracia inglesa del siglo XVII: la búsqueda de homologar un grupo internamente heterogéneo (la gentry –diferenciada entre “vieja” y “nueva”-) ante la aparición de “gente nueva”.³²

En la prensa y en diferentes textos aparecidos en el cambio de siglo y en las primeras décadas del XX aparece, en efecto, una reorientación de la relación entre alta sociedad y tradición.

La sociabilidad del fin de siglo (en consonancia con una lectura más amplia referida al rumbo que debía seguir la sociedad en su conjunto, que asociaba el pasado con la “barbarie” hispano-criolla) se había definido (tomando una expresión de Halperín referida al roquismo) “contra su pasado más bien que a partir de él”.³³ Como lo expresara emblemáticamente Lucio López, los usos y costumbres propios de la alta sociedad de la “gran aldea” debían dejarse atrás para adoptar los propios de las principales ciudades europeas (esencialmente París y Londres). Una mirada coincidente con las prescripciones de Miguel Cané y su noción de aristocracia, según vimos líneas arriba.

Avanzando los primeros años del siglo XX, en cambio, se aprecia la búsqueda de construir una continuidad entre la alta vida social de la Buenos Aires “aldeana” y de la gran metrópoli del cambio de siglo. Se incluye a la *high life* de la París del Plata en un tronco que la une con períodos precedentes.

Esto es nítido en textos de autores como Manuel Bilbao: en los nueve apartados titulados “La Sociedad de Antaño” de su *Tradiciones de Buenos Aires*, dedica el último a la vida social del cambio de siglo, incorporándola así a las etapas de los apartados anteriores, que se iniciaban con la de fines del siglo XVIII.³⁴

En secciones de la prensa de las primeras décadas del siglo XX que comienzan también a evocar la vieja sociabilidad porteña (“Del viejo tiempo” en *El Hogar*; “Estilos criollos”, “Buenos Aires antiguo”, “Del alma colonial”, “Reminiscencias de antaño”, “Tertulias de antaño”, “Arquitectura colonial” en *Plus Ultra*) se aprecia algo parecido: los recuerdos de antaño ya reconocían como eje predominante las mansiones de la calle

Losada, 1949, pp. 274 y ss. Autores como G. Onega han interpretado que Cambaceres coloca esa definición en el inmigrante advenedizo (Genaro) para impugnarlo y fundamentar un cierre ante los mismos. Sin dudas, es clara la xenofobia de ese texto, pero también lo es que la mirada de la literatura de Cambaceres sobre su mundo social lejos estuvo de ser condescendiente. En todo caso, no queda suficientemente claro (en el texto de Onega) porque sí puede definirse como “burla a las pretensiones genealógicas de la oligarquía” los pasajes de similares tonos de la novela de Payró. Cfr. Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1980, pp. 73-74 y 114-115.

³² L. Stone, *La crisis de la aristocracia 1558-1641*, México, Alianza, 1985, pp. 32-33. Como ha señalado J. Hernández Franco las construcciones mentales acerca del parentesco, la sangre y la memoria son un signo distintivo de contextos definidos por “la renovación de los linajes, relacionado con procesos de movilidad social ascendente”; Id., “Consideraciones y propuestas sobre linaje y parentesco”, en J. Casey y J. H. Hernández Franco, *Familia, parentesco y linaje*, Universidad de Murcia, 1997, p. 21.

³³ Halperín, “¿Para qué la inmigración?” en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 229.

³⁴ Cfr. M. Bilbao, *Tradiciones de Buenos Aires (1934)*, Buenos Aires, Dictio, 1981.

Florida y no las del barrio al sur de la Plaza de Mayo en que se concentraran los recuerdos de un Calzadilla en los años ochenta por ejemplo, e incluso podía afirmarse que la familia de Bary había entrado a “nuestra vieja aristocracia” gracias a uniones matrimoniales con los Mackinlay (familia de financistas ingleses de mediados del XIX).³⁵

La construcción de la “tradicción nacional” (exigida por el creciente “cosmopolitismo” de la sociedad a causa del impacto de la inmigración masiva) corre paralela con estas relecturas de la “historia social” de la élite porteña, y las realimenta.

En efecto, puede señalarse que las revisiones y discusiones que comienzan a trazarse sobre el pasado y la historia nacional contribuyeron en cierta medida a otorgar sustento a la movilización del pasado como capital simbólico, al ampliar las incorporaciones de períodos y personajes a las instancias fundacionales del país e incluso, a través de ciertas relecturas, contribuir a la construcción de definiciones colectivas al atenuar las huellas de ruptura que la historia política había aparejado

En este sentido, son interesantes sobre todo las resignificaciones sobre las élites del interior y (en conexión con esto) la incorporación del régimen del ochenta a los momentos fundacionales, sugestivas si se recuerda la ruptura que con él asociaron sus protagonistas y sus opositores, pero también plausible, en tanto el proyecto político en el que se había legitimado, como sus efectivas acciones, permitían incluirlo en la senda “civilizatoria” y de “progreso”.³⁶ En última instancia, era una operación poco problemática teniendo en cuenta que el recambio de los elencos dirigentes que había implicado no podía asociarse o atribuirse a transformaciones sociales profundas (como sí se haría con el de 1916), sino que se había delimitado a las élites criollas.

Esa es la mirada presente en las ya citadas conferencias que Lugones ofreciera en el Teatro Odeón en 1913, nodales en la construcción de la tradición nacional al entronizar el Martín Fierro como poema épico nacional,³⁷ al delinear una solución de continuidad entre los patrones gauchos de las primeras décadas del XIX (que a su vez eran la trasmutación de los “ricos de la ciudades” del período colonial) y la “oligarquía” inteligente y patriótica contemporánea a esas conferencias. Una caracterización, en efecto,

³⁵ “Páginas femeninas”, en *Plus Ultra*, n° 13, año I, mayo 1916. La “recuperación” del pasado que se trasluce en estas fuentes, que ofrece una importante dimensión simbólica a la alta sociedad porteña al ponerla en relación con la “tradicción” en un momento de sensibles y profundas renovaciones de la sociedad, se articula con y expone un proceso paralelo desprendido de estas mismas tendencias de cambio social: el “extrañamiento” frente a un presente de cambios vertiginosos, y la consecuente construcción de “edades doradas” que idealizan un pasado entendido como reservorio de certezas y seguridades. Esta operación, identificable en efecto en textos como los de Bilbao, aparece también sin embargo en escritos de hombres de la generación del ochenta, entre quienes aparecía más nítidamente la búsqueda de “cortar” con el pasado (*La gran aldea* de López es posiblemente emblemática en ese sentido). Esto muestra, en efecto, la pluralidad de niveles discursivos contenida en estas obras, a su vez registros, entonces, de las profundas transformaciones que atraviesan a la ciudad en el cambio de siglo. Cfr. al respecto R. Williams, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001; O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000.

³⁶ Sobre este punto, cfr. P. Alonso, “En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de la prensa”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 15, 1° semestre, 1997; E. Gallo, “La consolidación del estado y la reforma política”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Argentina; T. IV, La configuración de la República Independiente (1810-c. 1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

³⁷ Cfr. A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo*, pp. 77-105.

uniformizadora y coherente de la misma élite y de un proceso histórico que había sido mucho más sinuoso.³⁸

Finalmente, como también se mencionara líneas arriba, la importancia que adquiere la posesión de pasado en la caracterización de la alta sociedad porteña hacia el cambio de siglo se manifiesta de manera significativa en los obituarios de los grandes diarios porteños. En ellos además, se aprecia nuevamente la ampliación de la incorporación al pasado, y la extensión de sentido de la condición patricia. Los ejemplos que mencionáramos en el apartado anterior son ilustrativos: era patricio Eudoro Balsa pues “había sido soldado ya en el año 54”; o lo era también Mariano Demaría, no sólo por sus orígenes familiares (remontables efectivamente por vía patrilínea al período colonial), sino por su propio desempeño, discurrido en el último tercio del siglo XIX. Quizá la ampliación de la condición patricia (por procedencias familiares y actuaciones personales) movilizaba para recubrir de antigüedad a una clase alta heterogénea, lo muestre sin embargo de manera más nítida el obituario de *La Nación* sobre Francisco Beazley (1864-1924, nieto de un marino norteamericano que llega a Buenos Aires a raíz de su participación en la guerra con el Brasil): “*tuvo su puesto entre los primeros en la falange reducida de nuestros patricios [...] se va con él una encarnación vigorosa y genuina del viejo espíritu argentino*”.³⁹

Efectivamente, estas semblanzas reflejan en efecto la ampliación temporal de la noción de patricio si se toma como referencia la imperante en el fin de siglo, cuando aún no estaba consensuado el definir como tales (o como “próceres”) a quienes habían des-
envuelto sus acciones con posterioridad a 1825 (la discusión entre el llamado Panteón Histórico y el Panteón Nacional).⁴⁰

Ahora bien, sin dudas la extensión de la posesión de pasado y de antigüedad no suponía que los orígenes familiares de una amplia proporción de la clase alta porteña del novecientos dejaran de tener las características que había expuesto Cambaceres en *En la sangre*.

Sin embargo, el “ocultamiento” de los orígenes, familiares y materiales, señalado como un rasgo característico de la élite porteña del novecientos,⁴¹ es una afirmación que

³⁸ L. Lugones, *El payador (1916)*, Buenos Aires, Huemul, 1972, pp. 72 y ss. La “incorporación” del ochenta al pasado y a las instancias fundacionales se perciben en distintas memorias y escritos. Por ejemplo, E. Hardoy, *No he vivido en vano (Memorias)*, Buenos Aires, Marymar Ediciones, 1993, pp. 16-17, 32; M. A. Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Eudeba, 1969, pp. 113-114; F. Quintana, *En torno a lo argentino*, Buenos Aires, Coni, 1941, p. 153. Sobre la construcción de la “tradición nacional” en el fin de siglo, L. A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas, nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001; N. Botana & E. Gallo, *De la República posible a la República Verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1997; Devoto, *Nacionalismo, Fascismo*.

³⁹ LN, 7/7/1924 (énfasis míos). El abuelo de Beazley había contraído matrimonio con una integrante de una familia irlandesa ya arraigada desde el siglo XVIII en la ciudad (Otilia Lynch). Francisco (casado con Magdalena Barreto), fue profesor y vicerrector del Colegio Nacional; subsecretario del ministerio del Interior (en la presidencia de Luis Sáenz Peña), jefe de policía de la capital federal, más tarde integrante de la Liga Patriótica. Perteneció al Club del Progreso, al Círculo de Armas y al Jockey Club (del que fue presidente, e incluso un gran premio turfístico llevó su nombre).

⁴⁰ El caso de Balsa, incluso, podría vincularse con una de las ampliaciones dadas desde entonces: la extendida hacia los protagonistas de la guerra del Paraguay. Al respecto, L. A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas*, pp. 286-292.

⁴¹ N. Jitrik, *El mundo del ochenta*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 66-67.

cuanto menos debe precisarse con cuidado. Podría coincidirse en un sentido amplio, si se refiere a un distanciamiento resultante de las lecturas en clave "civilizatoria" que supieron trazarse frente al pasado. Pero no necesariamente en la definición de identidades sociales, en términos de un ocultamiento de orígenes modestos y de una experiencia de ascenso a partir de ellos. Quizá su expresión más extrema fuera el caso de los Santamarina, que no tenían reparos en colocar en la entrada de su estancia la humilde carreta con la que Don Ramón había iniciado la acumulación de su fortuna.⁴²

Pero lo cierto es que la concepción que subyace a esta definición de la posición social no fue exclusiva de aquellos que (como los Santamarina, cuyo fundador se había enriquecido en el tercer cuarto del siglo XIX) no tenían otras alternativas a mano.

Así, es claro que distintos intelectuales, como Juan A. García o J. M. Ramos Mejía, al bucear en los orígenes coloniales de las familias de la élite, destacaron la ausencia en Buenos Aires de una "aristocracia" como las de Lima o Chuquisaca, e incluso la desventajosa comparación que resistía la élite colonial porteña, definida por su espíritu mercantil, con su par de Córdoba, nucleada alrededor de la Casa de Trejo.⁴³

No obstante, Ramos Mejía (quien, como vimos, supo apelar al abolengo como eje de diferenciación social), no ocultó por ello los peculiares ascendientes de las distinguidas familias porteñas de fines del XIX: por el contrario, apuntó que habían labrado "sus fortunas al frente de panaderías, barracas, tonelerías, pulperías, carpinterías, remates". En los "gremios humildes" y el "comercio modesto" estaban los comienzos de los "apellidos más conocidos de la sociedad, hoy mismo del mejor abolengo". Los orígenes, por lo tanto, son aquellos que Cambaceres reflejara en *En la sangre*, pero aparecen cargados con un sugestivo desplazamiento de énfasis. Esas familias, concluye Ramos Mejía, "representan en esta sociedad *tradición, honorabilidad y trabajo*".⁴⁴

De esta manera, el valor del capital simbólico no radica en la herencia de una posición, sino en la de "virtud", la capacidad de sostener una posición construida (incluso desde orígenes relativamente modestos) a través de generaciones. Se refleja entonces la consolidación de la idea de honor-virtud (como lo ha señalado Sandra Gayol), operaciones que, por lo demás, aparecen como contemporáneas a las que se han señalado para el caso uruguayo, al destacar la construcción de identificaciones simbólicas que apelan al "tiempo" pero buscan diluir toda categoría distintiva de origen.⁴⁵

Ese mismo era el sentido expuesto por Belisario Montero en el final de los años veinte:

⁴² Cfr. "Los pioneros del progreso argentino. Ramón Santamarina", en *Caras y Caretas*, n° 219, año V, 13/12/1902. También presenta referencias sobre ello M. Sáenz Quesada, *Los estancieros*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1978, pp. 291-293.

⁴³ J. M. Ramos Mejía, *Rosas*, Vol. I, pp. 137 y ss; J. A. García, *La ciudad Indiana (1900)*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp. 75-92.

⁴⁴ Ramos Mejía, *Rosas*, Vol. I, p. 168 (nota al pie).

⁴⁵ S. Gayol, "Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina 1887-1923", en *Anuario IEHS* n° 14, 1999; Id., *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000; Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1981, p. 18. En este sentido, cfr. los apuntes de Julio Costa sobre el rechazo de los viejos patricios a mantener el "nobiliario" "de" en los apellidos (un rasgo que también subrayara Calzadilla). Costa, *Hojas de mi diario*, p. 275; S. Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo (1891)*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 13-14.

“el honor de la familia, como ideal no significa la disputa de blasones nobiliarios, ni de linajes, ni la preocupación de casta o de abolengo; es la reputación colectiva formada por agregación, por sedimentación, por el aporte de virtud, de nobleza de sentimientos de todos y cada uno de los miembros de la familia.”⁴⁶

En suma, entonces, es la conjunción de antigüedad, mérito y virtud.⁴⁷ Allí están, emblemáticamente, los pasajes de una correspondencia de Manuel J. García a Lucio López: la “amistad que nos une [era un] precioso legado transmitido de generación en generación”, originada “allá en las lejanas tierras de Cantabria” y reforzada por la “que unía a mi abuelo con el virtuoso autor del himno de guerra que ha conducido y conducirá nuestras legiones a la victoria”. Por ello, se prometía “querer y respetar el nombre de los López como [...] quieren y respetan el que yo llevo”. En efecto, “mi padre me enseñó a respetar desde muy niño el nombre de Don Manuel José de García y me señaló como digno ejemplo las virtudes que lo hicieron acreedor a la estima y al respeto de sus conciudadanos”. Por ello, “quisiera yo llevar dignamente” su nombre.⁴⁸

Esta conjunción reaparece también en los obituarios de los grandes diarios porteños. Por ejemplo, sobre Mariano Pinedo (proveniente de una familia radicada en Buenos Aires desde 1736):

“Vinculado a aquellos [“nuestros círculos sociales y políticos”] por lazos de parentesco y de afecto, el señor Pinedo, en razón de notorias condiciones de carácter y de inteligencia, *supo derivar hacia los propios merecimientos los prestigios de un nombre caracterizado por la actuación de sus mayores.*”⁴⁹

Con relación a Miguel A. Martínez de Hoz:

“Hombre de mundo por su distinción y por su cultura, desprovisto en su gusto y en su manera de frivolidad y ligereza, tenía al mismo tiempo una *infatigable vocación de trabajador* [...] se vinculó al proceso evolutivo de la riqueza ganadera, de la riqueza argentina, y lo hacía *no ya con ávido cálculo de comerciante, sino animado por impulso de satisfacción patriótica*, con vehemencia de *pioneer.*”

⁴⁶ B. Montero, **Miguel Cané**; pp. 20-21 (nota al pie).

⁴⁷ I. Atienza Hernández, “La construcción de lo real. Genealogía, casa, linaje y ciudad: una determinada relación de parentesco”, en Casey y Hernández Franco, **Familia, parentesco y linaje**, p. 42. Una articulación que, después de todo, G. Mosca incluyera contemporáneamente a este período en su teoría sobre las élites (“la herencia familiar referida a cualidades morales”). Mosca, **La clase política (1896). Selección e introducción de Norberto Bobbio**, México, FCE, 1995, pp. 337-338.

⁴⁸ “Virtud” y “antigüedad” que se conjugan en la condición “patricia”: allí mismo Manuel agradecía a Lucio cómo su padre, Vicente Fidel (“nuestro ilustre historiador”) había pintado con justeza las acciones de su bisabuelo Pedro Andrés García de Sobrecasa en las invasiones inglesas (la conocida batalla en las ruinas de Santo Domingo, en donde quedaron incrustadas “las balas de sus obuses como firma indeleble de su hazaña”). M. J. García a L. López, 28/1/1894, AGN, S. VII, **Archivo y Colección los López**, leg. 2386, doc. 6573.

⁴⁹ LN, 22/4/1916. Como en la correspondencia anterior, se recorta entonces un eje significativo: el “deber ser” que supone el linaje cuando se asocia a él la idea de “virtud” (y aquí, a la de “patria”). Esto aparece nitidamente también en ciertas memorias, por ejemplo, C. Carranza, **Recuerdos de infancia**, Buenos Aires, 1947, pp. 27, 40-57. Al respecto, cfr. L. Barros Lezaeta & X. Vergara Jonson, **El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900**, Santiago de Chile, Aconcagua, 1978, pp. 124-125.

En su inhumación, Adolfo Bioy lo definió como “caracterizado *vástago del patriado porteño* [...] prestigioso caballero de la sociedad de Buenos Aires, a la que pertenecía *por herencia y de la que era eje a título propio*”.⁵⁰

En suma, el lugar que ocupa el abolengo en las construcciones identitarias, y el sentido con que se lo define, emergen como un necesario reacondicionamiento del prurito aristocrático frente a la heterogeneidad temporal, espacial y social que signaba la composición de los círculos distinguidos del cambio de siglo; una forma de volver virtuosas las carencias. No obstante, es igualmente apreciable que (nuevamente) subyace una búsqueda de construir una identidad de distinción social que sea al mismo tiempo legítima, acorde con la naturaleza de la sociedad y con las mismas nociones volcadas sobre ella desde el poder público en este período (como la de honor-virtud).

En este sentido, es interesante incluir una observación adicional: estas definiciones, más que operaciones exitosas de diferenciación, podrían entenderse en un punto como una expresión de los progresivos acotamientos de márgenes para la diferenciación social que la modernización impone a la clase alta de la ciudad de Buenos Aires del cambio de siglo (es decir, la diferenciación sólo puede movilizarse en un plano estrictamente simbólico).

La noción de “aristocracia del espíritu” de Manuel Gálvez (publicada en 1924) es ilustrativa en este sentido.⁵¹ En efecto, sus énfasis particulares parecen reflejar de manera subyacente los efectos de los cambios sociales: el desdibujamiento del protagonismo o de la exclusividad de la aristocracia porteña en la conducción de la sociedad entre los años ochenta del siglo XIX y la tercera década del siglo XX ante un proceso de modernización social que apareja la autonomización y profesionalización de campos sociales (y con ellas, la conformación de élites específicas, sectoriales), y un recambio en sus integrantes a causa de la movilidad social que atraviesa a este arco temporal.

Así, por un lado se aprecia en la formulación de Gálvez un tono fin de siglo: la aristocracia es nuevamente un conjunto de cualidades, conductas y gustos. Pero esa condición aristocrática es “natural”; no es accesible a través de una pedagogía (“este admirable don es congénito”).

Sin embargo, ello tampoco supone que aristocracia y patriado se superpongan completamente. Es cierto que Gálvez subraya la preponderancia de las cualidades “aristocráticas” en las “familias de abolengo” (“la aristocracia, siendo algo que se hereda, no puede tener otra fuente que las familias de tradición social [...] la forman todos aquellos individuos [...] procedentes, en general, de familias de abolengo”).

No obstante, “ese admirable don congénito”, no se agota en las fronteras del patriado, en tanto es una condición individual y no social: “no olvidemos que la aristocracia es principalmente individual”; por ello,

⁵⁰ LN, 13/6/1935. Otros ejemplos de perfiles de “herencia y *self made man*”, desinterés, desprendimiento, etc (siempre en *La Nación*): Antonio F. Piñero (11/3/1921), L. Montes de Oca (5/5/1906), Enrique Acebal (15/5/1923) Guillermo Padilla (4/10/1932 –los cuales exponen, otra vez, la diversa composición social de la **upper-class** de la ciudad en el cambio de siglo: Acebal provenía de una familia llegada al Río de la Plata luego del período independiente, mientras que Padilla descendía de una antigua familia tucumana).

⁵¹ En lo que sigue, referencias tomadas de Gálvez, *El espíritu de la aristocracia. Y otros ensayos*, Buenos Aires, Archivo General de Librería y Publicaciones, 1924, pp. 10 y ss (los énfasis son míos).

“el espíritu aristocrático *puede formarse en una familia hasta en una generación*, de padres a hijos; y *en cuanto a la actuación en la historia o en la sociedad, no es necesaria*, pues una aristocracia, que es cosa de modales y de fineza de espíritu y de sentimientos, *puede existir aún en familias de ninguna importancia histórica o de escaso relieve social*”.

En otras palabras, en los lineamientos de Gálvez se aprecia -otra vez- la búsqueda de legitimar la noción de aristocracia, de ponerla en correspondencia con las características que cruzan a la sociedad en la que se inscribe. Con todo, se observa también que para mantener su vigencia y su legitimidad en la sociedad, el concepto de aristocracia debe inflarse incorporando un universo social más heterogéneo que las familias de abolengo. Así, la formulación de Gálvez parece reflejar que en el plano de las construcciones simbólicas se perciben tensiones similares a las que provocan las repercusiones de una sociedad radicalmente transformada en su estructura: la erosión de la visibilidad del “patriciado”.

Ecossimilares resuenan en la semblanza que de sí mismo presenta el Círculo de Armas en su cincuentenario (1935). Ya no apela a la noción de aristocracia, sino a la de élite: “Expresión *no de una aristocracia, sino de una élite*, [el Círculo de Armas] otorgó sin regatear la credencial de su aplauso, y el calor de su simpatía, y dio o negó, a los que iban llegando, el exequátur habilitante de su admisión”.⁵² De esta manera, si por un lado esta presentación institucional matiza el carácter cerrado que -comparativamente con su entidad contemporánea, el Jockey⁵³- lo había definido (el Círculo limitaba a 400 el número admisible de socios -disposición ausente en el Jockey-), al mismo tiempo se sustituye aquella noción tan cara a las operaciones de diferenciación simbólicas y a las definiciones institucionales de los principales espacios de sociabilidad del cambio de siglo, por un concepto sin cargas valorativas sensibles que por lo tanto quita atributos específicos a sus integrantes.

3. Conclusiones

Acercarse a las definiciones que de sí misma trazó la élite social porteña del cambio de siglo (a través de algunos de sus intelectuales más destacados, de sus espacios de sociabilidad emblemáticos, de los grandes diarios de la ciudad) permite aprehender, ante todo, que las mismas distaron de ser estáticas; antes bien estuvieron signadas por la dinamicidad y el cambio.

Asistimos, así, a una concepción de aristocracia abierta al mérito, y que en última instancia se refería esencialmente a un estilo de vida a desenvolver a través de determinados consumos, aficiones y comportamientos, como la que planteara Miguel Cané en su definición del proyecto que como ámbito de sociabilidad debía perseguir el Jockey Club, a otras nociones que buscan delimitar más cerradamente un núcleo social originario, sobre la base de la posesión de un capital de importante peso simbólico por su escasez relativa en una sociedad aluvional (el tiempo).

En este sentido, estas concepciones cambiantes aparecen como una expresión, en la dimensión simbólica que supone el acto de “nombrarse”, de la huella que deja la

⁵² Discurso de Julio Roca (h), en Círculo de Armas, *En el centenario*, p. 16 (énfasis míos).

⁵³ El Jockey se crea en 1882 y el Círculo de Armas en 1885.

modernización social sobre este círculo social. En efecto, el pasaje de una noción que sugiere una élite confiada en mantener su gravitación social a pesar de los cambios que atraviesan a la sociedad (y que por ello, define el reclutamiento de la “aristocracia” en consonancia con ellos), a otra en la que se pretende construir la posición por el rol desempeñado en el pasado antes que en el propio presente (al ser el “patriciado”), refleja en una dimensión simbólica los desplazamientos que, por su propia dinámica, provoca la modernización social sobre la *upper-class* del fin de siglo: recortar su gravitación social ante la complejización de la sociedad, la movilidad social y la emergencia de nuevas élites a caballo de tales procesos.⁵⁴

La propia operación de apelar a un capital simbólico inmaterial (el tiempo), que exigió en buena medida la construcción de la *upper-class* como actor colectivo a causa de la heterogeneidad social que la signaba, podría incluso interpretarse como la búsqueda de encontrar visibilidad (la única posible) en una sociedad cuyas élites o esferas decisorias son definitivamente más complejas a fines de los años veinte que en el último cuarto del siglo XIX.

Aún así, junto a estos cambios es apreciable una continuidad igualmente significativa: las distintas definiciones colectivas, si apuntan a la construcción de diferenciación social, a su vez buscan también legitimar al círculo social al que hacen referencia. En efecto, la noción de patriciado, como la de aristocracia republicana, por sus sentidos y connotaciones expresan que la construcción de una definición colectiva de la élite porteña no podía cerrarse sobre sí misma, sino que debía guardar una correspondencia con las características distintivas de la sociedad en la que dicho círculo social se inscribía (republicana y móvil).

Con todo, por su propia lógica (corresponderse y no enfrentarse a la lógica de la sociedad) la legitimación acarrea el peligro de indiferenciación o desclasamiento. Una crónica social de los años veinte es ilustrativa al respecto. En ella se reproduce cómo una dama de la alta sociedad porteña expone su ascendencia familiar en una tertulia parisina (conjugando precisamente “abolengo” y “virtud”, sin ocultar orígenes sociales humildes): de acuerdo a la crónica, habría dicho que “apreciamos en lo que valen esos nombres que evocan un pasado de gloria... pero en un país tan nuevo como el nuestro consideramos que la verdadera aristocracia es la del talento, la de la cultura”. Así, siempre según la crónica, esta dama porteña señaló que su padre “a pesar de su ilustre abolengo, era un hombre pobre, pero dotado de todas las condiciones para luchar e imponerse, cimentó su gran fortuna al par que daba nuevo lustre a su apellido [...] eran de ver sus comienzos [...] tan difíciles, tan modestos”. A continuación, nos cuenta la cronista, esta misma dama señaló orígenes similares para una compatriota presente en la misma tertulia, quien frente a ello quedó “anonadada”.⁵⁵

Esta crónica refleja efectivamente el carácter desclasante (en la actitud “anonadada” de una de sus protagonistas) que implicaba una presentación social coincidente con el carácter republicano e igualitario de la sociedad porteña. Si ello era aún más patente en los ámbitos sociales que habían servido como modelos de referencia para la élite (las tertulias europeas, como la que sirve de escenario a la crónica citada), las connotaciones de semejantes definiciones (como consecuencia de los ejes que incidían en su construc-

⁵⁴ Imaz, *Los que mandan*, pp. 236-250.

⁵⁵ “Notas sociales de la Dama Duende”, *Caras y Caretas*, n° 1297, año XXVI, 11/8/1923.

ción –las características de la sociedad y la heterogeneidad de la *upper class* como grupo social–) también descubrían aquello que Cambaceres pusiera en boca de Genaro en *En la sangre*: las similitudes existentes entre la *high society* y quienes se descalificaba como “advenedizos”, ante las cuales la pretensión aristocrática no era más que una apelación semántica carente de sustento.

De esta manera, la élite porteña se encontraba tironeada entre dos necesidades igualmente importantes: diferencia y legitimidad, que sin embargo resultaban incompatibles en una sociedad móvil y en radical transformación de su estructura social. Esto también se percibe en que los propios prescriptores de élites abiertas al mérito no dejaron de bregar por cerrar el círculo ante la porosidad de la sociedad porteña del novecientos.⁵⁶ Lo cual revela que, en efecto, abrirse implicaba el riesgo de la indiferenciación, pero cerrarse, si favorecía la diferenciación, suponía a su vez una clausura importante: la renovación y la correspondencia con la sociedad en la que se inscribía (y con ello, la ilegitimidad).⁵⁷

En todo caso, se aprecia aquí un interesante aspecto adicional: si las definiciones colectivas que la élite trazó de sí misma fueron cambiantes, también las recubrió, a causa de los condicionamientos que incidían sobre ellas (como ya se dijo, los cambios de la sociedad, pero también entonces la búsqueda de otorgar legitimidad a la diferenciación, y la diversidad de trayectorias sociales que signaba a su composición social), una significativa pluralidad: la caracterización de la élite porteña no es unívoca, encontramos distintas nociones de ella según los enunciadores a los que acudamos. Aún más, como lo refleja la crónica de la Dama Duende, la oscilación entre definiciones que caían más decididamente en la pretensión aristocrática o aquellas otras que subrayaban más lo meritocrático distaba de estar resuelta o consensuada en el terreno cotidiano de la vida social. Una diversidad que asimismo se manifiesta, como se ha mostrado a lo largo de estas páginas, en testimonios retrospectivos (en los contrastes que recubren las memorias de un Ibaúrgen y de un Cárcano), y, sugestivamente, también en miradas contemporáneas al cambio de siglo, como las de los visitantes extranjeros reproducidas en los acápites que encabezan este trabajo.

Por lo tanto, considerando –como señalamos al iniciar estas líneas–, que el nombrarse implica en buena medida declarar la propia existencia social, es posible afirmar que si la élite del cambio de siglo es un círculo social formalmente existente (que se “ve” a través de la prensa, en ciertos eventos sociales, en las redes construidas sobre las relaciones de parentesco), el análisis de sus definiciones colectivas nos devuelve un último eje significativo, de especial relevancia para pensar las categorías que, como historiadores, deberíamos emplear al momento de emprender su análisis histórico: los criterios que definen la condición de élite, los sentidos de pertenencia y de definición, como consecuencia de los condicionamientos que imponía la naturaleza de la sociedad en la que se insertaba y de su propia composición social, reconocen en su “interior” una sugestiva diversidad, al punto que podemos llegar a tener de la misma diferentes concepciones según cuál sea el lente y la vía de acceso elegida para aproximarnos a ella.

⁵⁶ Cfr. M. Cané, *Prosa ligera*, 128-130.

⁵⁷ Losada, *Distinción y legitimidad*.